

decian que mi camino era por los pueblos que estaban el rio arriba, y aun antes que estotros viniesen habian hecho abrir seis leguas de camino por tierra y hecho una puente en un rio por do pasásemos; y venidos estotros, dijeron que era muy gran rodeo y de muy mala tierra y despoblada, y que el derecho camino que yo habia de llevar para Acalan era pasar el rio por aquel pueblo, y por allí habia una senda que solian traer los mercaderes, por donde ellos me guiarian hasta Acalan. Finalmente, se averiguó entre ellos ser el mejor camino, y yo habia enviado ante un español con gente de los naturales de aquel pueblo de Signatecpan, en una canoa por el agua, á la provincia de Acalan, á les hacer saber cómo yo iba, y que se asegurasen y no tuviesen temor, y para que supiesen si los españoles que habian de ir con los bastimentos desde los bergantines eran llegados; y despues envié otros cuatro españoles por tierra, con guias de aquellos que decian saber el camino, para que le viesen y me informasen si habia algun impedimento ó dificultad en él, y que dello esperaria su respuesta: idos, fuéme forzado partirme antes que me escribiesen, porque no se me acabasen los bastimentos que estaban recogidos para el camino, porque me decian que habia cinco ó seis dias de despoblado; y comencé á pasar el rio con mucho aparejo de canoas que habia, y por ser tan ancho y corriente se pasó con harto trabajo, y se ahogó un caballo y se perdieron al-

gunas cosas del fardaje de los españoles; pasado, envié delante una compañía de peones con las guias para que abriesen el camino, y yo con la otra gente me fuí detrás dellos; y despues de haber andado tres dias por unas montañas harto espesas, por una vereda bien angosta, fuí á dar á un gran estero, que tenia de ancho más de quinientos pasos, y trabajé de buscar paso por él abajo y arriba, y nunca le hallé; y las guias me dijeron que era por demas buscarle si no subia veinte dias de camino hasta las sierras.

Púsome en tanto estrecho este estero ó ancon, que seria imposible poderlo significar, porque pasar por él parecia imposible, á causa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo, y aunque las tuviéramos para el fardaje y gente, los caballos no podian pasar, porque á la entrada y á salida habia muy grandes ciénagas y raíces de árboles que las rodean, y de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos; pues pensar de volver atrás era muy notorio perescer todos por los malos caminos que habiamos pasado y las muchas aguas que hacia; que ya teniamos por cierto que las crecientes de los rios se habian robado las puentes que dejamos hechas; pues tornarlas á hacer era muy dificultoso, porque ya toda la gente venía muy fatigada; tambien pensábamos que habiamos comido todos los bastimentos que habia por el camino y que no hallariamos qué comer, porque llevaba mu-

cha gente y caballos, que demas de los españoles venian conmigo más de tres mil ánimas de los naturales; pues pasar adelante ya he dicho á vuestra majestad la dificultad que habia; así que ningun seso de hombre bastaba para el remedio, si Dios, que es verdadero remedio y acorro de los afligidos y necesitados no le pusiera; y hallé una canoita pequeña en que habian pasado los españoles que yo envié delante á ver el camino, y con ella hice son- dar todo el ancon, y hallóse en todo él cuatro bra- zas de hondura, y hice atar unas lanzas para ver el sueló qué tal era, y hallóse que demas de la hon- dura del agua habia otras dos brazas de lanza y cieno, así que eran seis brazas; y tomé por postrer remedio determinar me de hacer una puente en él, y mandé luego repartir la madera por sus medidas, que eran de nueve y diez brazas por lo que habia de salir fuera del agua; la cual encargué que corta- sen y trajesen aquellos señores de los indios que conmigo iban, á cada uno segun la gente que traía; y los españoles y yo con ellos, comenzamos á hin- car la madera con balsas y con aquella canoilla y otras dos que despues se hallaron, y á todos pares- ció cosa imposible de acabar, y aun lo decian detrás de mí, diciendo que seria mejor dar la vuelta antes que la gente se fatigase, y despues de hambre no pudiesen volver; porque al fin aquella obra no se habia de acabar, y forzados nos habiamos de vol- ver; y andaba desto tanto murmullo entre la gente,

que casi ya me lo osaban decir á mí; y como los veía tan desmayados, y en la verdad tenian razon, por ser la obra que emprendiamos de tal calidad, y porque ya no comian otra cosa sino raíces de yer- bas, mandéles que ellos no entendiesen en la puen- te, y que yo la haria con los indios; y luego llamé á todos los señores dellos, y les dije que mirasen en cuánta necesidad estábamos, y que forzado ha- biamos de pasar ó perecer; que les rogaba mucho que ellos esforzasen á sus gentes para que aquella puente se acabase, y que pasada, tenemos luego una muy gran provincia que se decia Acalan, don- de habia mucha abundancia de bastimentos, y que allí posariamos y que demas de los bastimentos de la tierra, ya sabian ellos que habia enviado á mandar que me trujesen de los navíos de los bastimentos que llevaban, y que los habian de traer allí en ca- noas, y que allí ternia mucha abundancia de todo; y que demas desto, yo los prometí que vueltos á esta ciudad, serian de mí en nombre de vuestra majestad muy galardonados; y ellos me prometieron que la trabajarían; y así, comenzaron luego á re- partirlo entre sí, y diéronse tan buena priesa y ma- ña en ello, que en cuatro dias la acabaron, de tal manera que pasaron por ella todos los caballos y gente, y tardará más de diez años que no se deshaga si á mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, y de otra manera seria dificultoso de deshacer, porque lleva más de mil vigas, que la

menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y de diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certifico á vuestra majestad que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la órden que estos dieron de hacer esta puente, sino que es la cosa más extraña que nunca se ha visto.

Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del ancon, dimos luego en una gran ciénaga, que dura bien dos tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron; donde todos los caballos desensillados se sumian hasta las cinchas, sin parecer otra cosa, y querer forcejar á salir, sumíanse más, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder pasar y escapar caballo ninguno; pero todavía comenzamos á trabajar y á ponelles haces de yerba y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen; remediábanse algo; y andando trabajando yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio un callejon de agua y cieno que los caballos comenzaban algo á nadar, y con esto plugo á nuestro Señor que salieron todos sin peligrar ninguno; aunque salieron tan trabajados y fatigados, que casi no se podian tener en los piés. Dimos todos muchas gracias á nuestro Señor por tan gran merced como nos habia hecho; y estando en esto, llegaron los españoles que yo habia enviado á Acalan, con hasta ochenta indios de los naturales de aquella provincia

cargados de mantenimientos de maíz y aves, con que Dios sabe el alegría que todos hubimos, en especial que nos dijeron que toda la gente quedaba muy segura y pacífica, y con voluntad de no se ausentar; y venian con aquellos indios de Acalan dos personas honradas, que dijeron venir de parte del señor de la provincia que se llama Apaspolon, á me decir que él habia holgado mucho con mi venida; que habia muchos dias que habia noticia de mí por parte de mercaderes de Tabasco y Xicalango, y que holgaba de conocerme, y envióme con ellos un poco de oro; yo lo recibí con toda el alegría que pude, agradeciendo á su señor la buena voluntad que mostraba al servicio de vuestra majestad, y les dí algunas cosillas, y los torné á enviar con los españoles que con ellos habian venido muy contentos. Fueron muy admirados de ver el edificio de la puente, y fué harta parte para la seguridad que despues en ellos hobo, porque segun su tierra está entre lagunas y esteros, pudiera ser que se ausentaran por ellos; mas con ver aquella obra pensaron que ninguna cosa nos era imposible. Tambien llegó en este tiempo un mensajero de la villa de Santistéban del Puerto, que es en el rio de Pánuco, en que me traía cartas de las justicias della, y con él otros cuatro ó cinco mensajeros indios que me traían cartas desta ciudad y de la villa de Medellin y de la villa del Espíritu Santo, y hube mucho placer al saber que estaban buenos, aunque no supe del fator y veedor

porque aun no eran llegados á esta ciudad. Este dia, despues de partidos los indios y españcles que iban delante á Acalan, me partí yo con toda la gente tras ellos, y dormí una noche en el monte, y otro dia poco más de medio dia allegué á las estancias y labranzas de la provincia de Acalan, y antes de llegar al primer pueblo della, que se llama Tizatepetl, donde hallamos todos los naturales en sus casas y muy reposados y seguros, y mucho bastimento así para la gente como para los caballos; tanto, que satisfizo bien á la necesidad pasada. Aquí reposamos seis dias, y me vino á ver un mancebo de buena disposicion y bien acompañado, que dijo ser hijo del señor, y me traía cierto oro, y aves, y ofreció su persona y tierra al servicio de vuestra majestad, y dijo que su padre era ya muerto; y yo mostré que me pesaba mucho de la muerte de su padre, aunque ví que no decia verdad, y le dí un collar que yo tenia al cuello, de cuentas de Flandes, que estimó en mucho; y le dije que se fuese con Dios, y él estuvo dos dias allí conmigo de su voluntad.

Uno de los naturales de aquel pueblo, que se dijo ser señor dél, me dijo que muy cerca de allí estaba otro pueblo que tambien era suyo, donde habia mejores aposentos y más copia de bastimentos, porque era mayor y de más gente; que me fuera allá aposentar, porque estaria más á mi placer: yo le dije que me placia, y envió luego á mandar que

abriesen el camino y que se aderezasen las posadas; lo cual se hizo todo muy bien, y nos fuimos á aquel pueblo, que está deste primero cinco leguas, donde asimismo hallamos toda la gente segura y en sus casas, y desembarazada cierta parte del pueblo, donde nos aposentamos: este es muy hermoso pueblo; llámase Teutiicacaa, tiene muy hermosas mezquitas, en especial dos, donde nos aposentamos y echamos fuera los ídolos, de que ellos no mostraron mucha pena, porque ya yo les habia hablado y dado á entender el yerro en que estaban, y cómo no habia más de un solo Dios, criador de todas las cosas, y todo lo demas que cerca desto se les pudo decir, aunque despues al señor principal y á todos juntos les hablé más largo. Supe dellos que una destas dos casas ó mezquitas, que era la más principal dellas, era dedicada á una diosa de que ellos tenian mucha fe y esperanza, y que á ésta no le sacrificaban sino doncellas vírgenes y muy hermosas, y que si no eran tales, se irritaba mucho con ellos, y que por esto tenian siempre muy especial cuidado de las buscar tales que ella se satisficiese, y las criaban desde niñas las que hallaban de buen gesto para este efecto: sobre esto tambien les dije lo que me pareció que convenia, de que pareció que quedaban algo satisfechos.

El señor deste pueblo se mostró muy mi amigo, y tuve conmigo mucha conversacion, y me dió muy larga cuenta y relacion de los españoles que yo iba

á buscar y del camino que habia de llevar, y me dijo en muy gran secreto, rogándome que nadie supiese que él me habia avisado, que Apaspolon, señor de toda aquella provincia, era vivo y habia mandado decir que era muerto, y que era verdad que aquel que me habia venido á ver era su hijo, y que él mandaba que me desviasen del camino derecho que habia de llevar, porque no viese la tierra y los pueblos dellos, y que me avisaba dello porque me tenia buena voluntad y habia recibido de mí buenas obras; pero que me rogaba que desto se tuviese mucho secreto, porque si se sabia que él me habia avisado, le mandaria matar el señor y quemaria toda su tierra. Yo se lo agradecí mucho, y pagué su buena voluntad dándole algunas cosillas y le prometí el secreto, como él me lo rogaba, y aun le prometí que el tiempo andando seria de mí, en nombre de vuestra majestad, muy gratificado. Luego hice llamar al hijo del señor que me habia venido á ver, y le dije que me maravillaba mucho dél y de su padre haberse querido negar, sabiendo la buena voluntad que traía yo de le ver y hacer mucha honra y darle de lo que yo tenia, porque yo habia recibido en su tierra buenas obras y deseaba mucho pagárselas; que yo sabia cierto que era vivo; que le rogaba mucho que él le fuese á llamar y trabajase con él que me viniese á ver, porque creyese cierto que él ganaria mucho. El hijo me dijo que era verdad que él era vivo, y que si él me lo habia

negado, se lo mandó así, y que él iria y trabajaria mucho de lo traer, y que creía que venia, porque él tenia ya gana de verme, pues conocia que no venia á hacerles daño, antes les daba de lo que tenia, y que por haberse negado tenia alguna vergüenza de parescer ante mí. Yo le rogué que fuese y trabajase mucho de lo traer, y así lo hizo, que otro dia vinieron ambos y yo les rescibí con mucho placer, y él me dió el descargo de haberse negado, que era de temor hasta saber mi voluntad, y que ya que la sabia, él deseaba mucho verme, y que era verdad que él mandaba que me guiasen por fuera de los pueblos; pero que agora que me rogaba que me fuese al pueblo principal donde él residia, porque allí habia más aparejo de darme las cosas necesarias, y luego mandó abrir un camino muy ancho para allá, y él se quedó conmigo, y otro dia nos partimos, y le mandé dar un caballo de los mios, y fué muy contento cabalgando en él hasta que llegamos al pueblo que se llama Izancanac, el cual es muy grande y de muchas mezquitas, y está en la ribera de un gran estero que atraviesa hasta el punto de términos de Xicalango y Tabasco: alguna de la gente deste pueblo estaba ausentada, y algunos estaban en sus casas. Tuvimos allí mucha copia de bastimentos, y el señor se estuvo conmigo dentro del aposento, aunque tenia su casa ahí cerca y poblada. Todo el tiempo que yo allí estuve dióme muy larga cuenta de los españoles que iba á